

EN EL

CURRO

CON

gestos!



EN EL
CURRO
CON
gorgel!

EN EL
CURRO

CON
grit!



ÍNDICE

Prólogo para leer
en la pausa del bocata, 8

1967-1999, 11

2000-2018, 95

Viñetas recortébols, 161

PRÓLOGO PARA LEER EN LA PAUSA DEL BOCATA

No es lo mismo un «currito» que un «currante», ni un «currante» que un «currela». En la oficina, en el taller, en un andamio o en la ventanilla de un ministerio, siempre existe una jerarquía: desde el «baranda» hasta el «oyesvés». Y en todos esos lugares, lo normal es encontrar recortadas y pegadas en un retablo improvisado un puñado de viñetas de Forges. Eso es, precisamente, este libro: un retablo —un poco más «currao», eso sí— con los mejores chistes de Forges sobre el proceloso mundo laboral.

La relación de Forges con el trabajo daría para varias tesis doctorales e incluso para un telefilme alemán de sobremesa. Antonio cultivaba un férreo sentido del deber: había que idear al menos una viñeta a diario, y para colmo —cosa no siempre frecuente en su gremio— el chiste tenía que ser gracioso. Inflexible con los vagos y los trepas, madrugador empedernido y devoto del café, Forges pasó a lo largo de su vida por todas las etapas de una carrera laboral: fue «currito», «currela» y siempre «currante». Por algo recibió en 2008 la Medalla al Mérito en el Trabajo.

A los 14 años entra a trabajar en Televisión Española como chico de los recados («oyesvés») y, para alguien con una capacidad de observación como la suya, unos estudios de televisión son un pequeño gran mundo en miniatura. Allí, durante las casi dos décadas en las que Forges no era todavía Forges, el compañero Fraguas —que llegó a ser mezclador de imagen y a rechazar el puesto de jefe de estudio— observa de cerca todo tipo de oficios y profesiones.

Como un antropólogo, sabe mimetizarse con el gremio estudiado para aprender sus códigos, su dialecto y sus tradiciones. Funcionarios, mecánicos, médicos, becarios, camareros, jueces, electricistas, tenderos e incluso registradores de la propiedad... Forges puede hacer chistes sobre ellos porque, de alguna manera, es uno de ellos. ¿Es posible lograr que un funcionario cuelgue una viñeta en la que se ríen de los funcionarios? Sí, si la viñeta es de Forges.

Pero si entre los «currelas» su mirada es la de un compañero, para los «barandas» es un tipo incómodo. Cuenta la leyenda que, a causa de ciertas actividades un poco subversivas (protestar por lo exiguo de la paga, que no daba para comer), fue llamado a capítulo por un capitoste en uno de esos despachos intimidatorios. Al ser acusado formalmente de los desórdenes, el «compañero Fraguas» contesta: «Yo jamás mordería la mano de quien me da de... fumar».

Su humor nunca es cruel, pero si con alguien aprieta las tuercas es, precisamente, con los explotadores: esos que se forran a costa de chuparle el tuétano al personal. Algunas de sus viñetas sobre la precariedad laboral y los derechos de los trabajadores —todavía, lamentablemente, de actualidad— sirven para crear tanta o más conciencia social que las pancartas y los megáfonos.

Los chistes recogidos en este libro forman parte del paisaje laboral patrio, como la cafetera, la máquina de fichar o la fotocopidora, y funcionan como una especie de barricada moral: ayudan a relativizar, infunden ánimo, animan a reírse de uno mismo y, también, de los jefes (y no hay nada que lleven peor «los de arriba» que oír las risas de «los de abajo»).

Trabajar es duro: no en vano la palabra deriva del latín *tripalium*, un artefacto de tortura formado por tres palos en el que se colocaba a los esclavos para azotarlos. Son los compañeros como Antonio Fraguas, *el Forges*, los que lo hacen soportable e incluso divertido.

La familia de Forges

1967-1999













